Diálogo con Daniel Viglietti

Mario Benedetti

DEMOS UN ADELANTO DEL LIBRO, *DANIEL VIGLIETTI, DESALAMBRADO,* DE MARIO BENEDETTI, QUE SERÁ PUBLICADO POR SEIX BARRAL EN LA ARGENTINA, PRÓXIMAMENTE.

El 1° de setiembre de 1984, Daniel Viglietti regresa al Uruguay, tras once años de exilio. El país venía cambiando, tras el masivo rechazo a la dictadura en el plebiscito que ésta organizara en noviembre de 1980 para afirmar su dominio militar bajo el disfraz de una nueva Constitución. Una mayoría de votantes expresó un rotundo «No» frente a esa tentativa de legitimación. La dictadura había tratado de iniciar una maniobra de transición sirviéndose de aquellos partidos políticos que había autorizado, pero en las primeras elecciones internas de éstos comenzó a emerger una oposición política amplia. En 1983, en una creciente dinámica de cambio cada vez más difícil de controlar para el régimen, ocurrieron dos hechos muy importantes: la primera conmemoración masiva de un 1° de mayo –tras diez años de prohibición– y el acto convocado en noviembre por los partidos políticos y las organizaciones sociales, que reunió una multitud en torno al Obelisco –lo que fue llamado «río de libertad»– para oír la proclama leída por el actor Alberto Candeau. Como expresiones de repudio a la dictadura continuaban las caceroleadas, los apagones, las manifestaciones de estudiantes y trabajadores y otros actos de protesta que se iban produciendo cotidianamente. Dentro del campo cultural, una nueva fase del movimiento de la música popular uruguaya venía siendo, desde el último tercio de los años setenta, una herramienta esencial en la resistencia. De este modo, la larga interrupción de la vida democrática, la sostenida represión, la censura, comenzaban a resquebrajarse. Poco a

poco, la acción de todos los sectores opositores a la dictadura –fuerzas de la izquierda y sectores democráticos de los partidos tradicionales– iba logrando ganar algunos espacios. Esto también fue haciendo posibles algunos primeros regresos desde el exilio de figuras representativas del arte y de la cultura. Aunque, en 1984, el régimen mantiene todavía en sus cárceles a hombres y mujeres como rehenes y presos, que seguirán en esa situación hasta que un gobierno democráticamente elegido asuma el poder en marzo de 1985.

Partiendo de su emocionante regreso, continúo mi entrevista a Daniel Viglietti para que nos cuente ahora lo que ha sido su trayectoria desde entonces hasta su vida en la actualidad.

– *Daniel, regresaste del exilio primero a la Argentina y tiempo después al Uruguay...*

– Sí, primero fue mi retorno a Argentina. Ese regreso desde Francia lo propició un amigo argentino, abogado, Jorge Sivak, que me conectó con quienes podían organizar mis conciertos en Buenos Aires. No vine primero a Uruguay pues me habían aconsejado no volver todavía, considerando que todavía era riesgoso que yo entrara al país, según datos filtrados que se manejaban en Montevideo. Llegar a Buenos Aires fue como la antesala de mi cercano regreso a Uruguay. En Argentina hice dos recitales en el Estadio Luna Park, y aquello fue muy emocionante desde mi entrada, con todo el público gritando ¡Uruguay! ¡Uruguay!... Eso fue el 23 y el 26 de marzo del 84, y en ese momento se da el reencuentro con amigos, colegas, con las Madres de Plaza de Mayo, y también con enorme cantidad de público uruguayo; no olvidemos que Buenos Aires es la segunda ciudad de población uruguaya después de Montevideo. Recuerdo que el recital del 26 de marzo coincidía con el aniversario de la fundación del Frente en Uruguay trece años antes. En medio del recital en aquel gran estadio cerrado, entró una columna enorme de uruguayos frenteamplistas que venían en una marcha llena de banderas conmemorando esa fecha. En nuestro país continuaba la dictadura, y en Argentina éste era el período del primer gobierno democrático, el de Raúl Alfonsín. Otro recuerdo imborrable de esos recitales es cuando yo canto mi canción sobre el poema de Circe Maia *Otra voz canta,* y surgen consignas gritadas por todo el estadio reclamando por los desaparecidos. Todo eso fue posible rescatarlo llevándolo

al disco y así fue que salió en Argentina mi *Trabajo de hormiga.* Ese título me parecía una buena definición de lo que tantos habían hecho en la resistencia fuera y dentro del país. El segundo volumen de esos recitales del Luna Park se llamó *Por ellos canto.* Todo eso también me permitió el reencuentro con algunos músicos uruguayos y mucho público que vino de Montevideo a ser testigo de esos conciertos que se volvían actos. En aquellos días, sentado en el Café La Paz, en Corrientes y Montevideo, vi pasar a un músico fundamental de la música popular uruguaya, Rubén «El Negro» Rada y nos dimos un abrazo lleno de esperanza. Él andaba en Argentina y se iría unos años a México, antes de volver al Uruguay y ser reconocido como se merecía.

– *¿En ese momento, en Buenos Aires pudiste conocer a músicos uruguayos de la nueva generación?*

– En Buenos Aires me reúno con Mauricio Ubal, miembro del grupo Rumbo, y con Leo Maslíah. Meses después, antes de mi regreso a Uruguay, voy invitado a Rosario en Argentina, al segundo de los Talleres Latinoamericanos de Música Popular. Entonces pude ser testigo de esa valiosa experiencia. Fue un encuentro muy emocionante con músicos como Rubén Olivera y Luis Trochón, entre otros. Recuerdo que en un momento algunos músicos jóvenes uruguayos del Taller me hicieron entrar a un salón y me sorprendieron con una murga. Habían armado versos con citas de mis canciones adaptadas para darme la bienvenida. Hermosísimo abrazo, ¿te das cuenta?

– *Y después de esa experiencia argentina, ¿cuándo y cómo fue tu regreso al Uruguay?*

– En ese momento, de Argentina, todavía sin poder entrar a Uruguay, regreso otra vez a París. En agosto me llama Mauricio Ubal por teléfono desde Montevideo. Él estaba trabajando para mi venida, en el marco de ADEMPU (Asociación de Música Popular del Uruguay), con la colaboración de Mario Carrero, entre otros músicos. Me dicen que ya está todo planteado para que yo pueda entrar y que aconsejan que se haga bastante ruido. Se decide que será el sábado 10 de setiembre, y me cuentan que ya se está buscando en qué lugar hacer el concierto. Finalmente se eligió el Estadio Franzini, el estadio de fútbol en el Parque Rodó. Y yo vengo de París pero me bajo un día antes en Buenos Aires,

y duermo allí, porque quiero llegar lo más despierto posible al país, con los poros bien abiertos. A mi entrada se suma el regreso, desde Buenos Aires a Montevideo, de varios trabajadores culturales, entre quienes retorna ese gran hombre de teatro latinoamericano que fue Atahualpa del Cioppo. Lo recuerdo con mucho cariño. Y posteriormente le pude agradecer en persona, el hecho de que, no pensando políticamente igual que yo en los matices de la izquierda, fue una de las personas de su partido que se movió reclamando por mi libertad cuando estuve preso en el 72. También supe de los esfuerzos del escritor Milton Schinca, del actor Alberto Candeau, del escultor Germán Cabrera, agrupados para apoyarme en aquel difícil momento. Vos también ayudaste, Mario, en aquel acto, con tu discurso solidario. Y mucha otra gente a la que agradezco, como a los estudiantes que manifestaron muy cerca de Jefatura reclamando por mi libertad.

– *¿Y esa travesía del retorno, ese viaje en sí mismo, cómo lo viviste?*

– Ya la partida de Buenos Aires fue algo intenso. En Aeroparque nos saludó nuestra actriz China Zorrilla. Me acuerdo de su simpatía con mi hija Trilce, al verla, con sus tres años, sentadita sobre el estuche de mi guitarra. Bueno, el viaje a Montevideo fue emocionante. Y encima, en un momento dado, el piloto me manda llamar a la cabina y me comenta que va a hacer una ruta que no es la clásica, pero que está pidiendo autorización para hacerla, porque se ve mejor la ciudad, y me deja estar al lado suyo. Así que imagínate lo que fue eso... Viajaba con nosotros, en su función de abogado, el Dr. Hugo Batalla que había venido de Montevideo a buscarnos. Y bueno, la llegada al aeropuerto de Carrasco, la cantidad de gente que nos esperaba; saliendo del avión ya fuimos caminando hacia la salida del aeropuerto, y allí se mezclaban familia, amigos, compañeros; todas experiencias de emoción que ya habían vivido, cada uno por su lado, Alfredo Zitarrosa y Los Olimareños, que habían podido entrar antes. De allí fuimos en ómnibus, con una larga caravana de autos por la Rambla, donde cada esquina era como un río de gentes que llegaban con banderas; y uno se preguntaba dónde habían estado escondidas todos esos años, porque había banderas rojas, banderas rojinegras, imágenes del Che, muchas veces sostenidas por adolescentes, hasta por

niños. Era una cosa muy impresionante, y también los veteranos, que venían allí quién sabe con cuántas marcas en el alma y en el cuerpo. Yo tenía conciencia de que era uno de los adelantados en los regresos, éramos un símbolo de los que todavía no podían volver normalmente al país. Por eso se formó esa larga caravana, lenta pero tenaz, donde de pronto yo asomaba la mano por la ventana y encontraba un compañero de escuela que me saludaba, otros compañeros que me mostraban tapas de algún disco mío que habían escondido durante la dictadura, alumnos de guitarra, gente del NEMUS, del TUMP (Taller Uruguayo de Música Popular), y tanta gente amiga, tantos recuerdos. Mi hija Trilee, en brazos de Annie, su madre, ante tantas emociones al rato se durmió, pero yo quería imaginarme que ella estaba soñando algo lindo, porque era muy fuerte el retorno. Después de ahí llegamos al local de AEBU, al sindicato de los empleados bancarios, donde hubo una conferencia de prensa, con el recordado Rubén Castillo como coordinador. Era una situación compleja también, porque, claro, todavía estaba la dictadura y era difícil ubicarse, viniendo de afuera, dentro del país real de entonces. Uno venía de la facilidad de poder hablar y expresarse, así que hubo que entrar como en otra frecuencia, pero los que volvíamos logramos decir ciertas cosas: Atahualpa, los cineastas Walter Tournier y Mario Jacob, el director de teatro Omar Grasso, los actores Adela Gleijer y Juan Manuel Tenuta, y el crítico Gerardo Fernández. De allí, ya individualmente, yo tenía mi compromiso personal del concierto. Entonces me fui a descansar un rato a casa de Miguel López, otro miembro del grupo Rumbo que también había colaborado en la organización de mi retorno. Después fui al Estadio Franzini y recuerdo que a la entrada tuve que atravesar toda la cancha hasta llegar a donde estaba el hermoso escenario que habían levantado. El acto lo hicimos en apoyo al PIT-CNT –la nueva Central de Trabajadores– y a la ASCEEP, que era la nueva versión gremial de la Federación de Estudiantes. Entonces hubo que atravesar aquella masa humana: había gente en la cancha y en las tribunas. Ya era de noche, y camino entre las luces, las banderas, los cánticos, las consignas, fue una cosa... Para mí ese recital fue sin ninguna duda el más fuerte de toda mi vida. Y después los encuentros: yo estaba cantando y de repente subió a saludar la inolvidable Tota Quinte-

ros, madre de Elena Quinteros, la maestra uruguaya secuestrada cuando quería refugiarse en la Embajada de Venezuela, y luego desaparecida. También recuerdo la presencia del dirigente histórico del Frente Amplio, el general Líber Seregni, que también vino al estadio, acompañado del arquitecto Mariano Arana, que sería futuro candidato a Intendente por el Frente Amplio. Y los abrazos con tanta gente compañera, mientras dentro de todos nosotros, sentíamos como realidad no visible a los rehenes y las rehenes, a las presas y los presos, que continuaban en las cárceles. Parece increíble. Sabemos todo eso, pero te lo cuento pensando en los más jóvenes ahora. Bueno, se desbordó el Estadio de Defensor y entonces hubo que decidir hacer otro recital rápidamente y anunciarlo para el otro día en la misma cancha, para la gente que no había podido entrar. Algunas imágenes fueron captadas y conservadas por jóvenes camarógrafos como la hija de unos amigos, Adriana Nartallo, y Fernando da Rosa. El del día siguiente fue un recital diurno, para que pudieran venir más niños. Allí me encuentro con alguien que se había cruzado conmigo en los actos solidarios en Europa y que me plantea ir a cantar a la ciudad de Paso de los Toros, de donde él era oriundo, como tú también, Mario. Y entonces, cuando me dice eso, yo no lo puedo creer, porque en el Uruguay profundo y con la dictadura todavía ahí... y le pregunto: «¿pero te parece posible?» Y él me responde: «Sí, sí, lo hacemos, Daniel, lo hacemos». Allí hay la posibilidad de realizarlo en un local cerrado, grande. Viajamos bajo una lluvia tremenda que nos hizo ir más lento por la carretera y llegar tarde a Paso de los Toros. Y cuando yo entro, siento a todo el público que estaba ahí –el local estaba lleno– gritando: «¡Se va a acabar!, ¡se va a acabar... la dictadura militar!» Aquello era fuertísimo. En esa ocasión estuve alojado en casa de gente solidaria que tenía un establecimiento de campo cerca de la ciudad y cuando me despierto, a la mañana siguiente, veo unos muros allá a unas cuadras y digo: «¿Y eso qué es?» Y me dicen: «Eso es el cuartel de Paso de los Toros», donde, entre los presos políticos, se había sabido de la presencia de rehenes que habían estado allí, totalmente aislados.

– *Después de esos pasos iniciales, después del Franzini y de Paso de los Toros, te fuiste reencontrando con la vida cotidiana de Montevideo...*

– Bueno, en aquel regreso al Uruguay ya se empezaba a respirar, la gente me lo decía, de otra manera. Como que esa vez la primavera sí era primavera, porque estábamos en pleno setiembre, y la primavera política empezaba a coincidir con la del tiempo. El encuentro con mis familiares y con los amigos fue fundamental. Fue importante el apoyo de mi familia paterna, y también la relación con amigos, alumnos, maestros. Varios estaban de viaje fuera del país y otros aún no habían regresado del exilio. Mi madre y mi tía estaban en Francia, ese abrazo del regreso sería un poco después. Andaban lejos amigos como el doctor Ricardo Elena y su compañera Judith Parnás, aún viviendo en Cuba; Coriún Aharonián y Graciela Paraskevaídis, que estaban por un año como músicos invitados en Alemania; Carlos Oroño, en Madrid; Miguel Barton, en Mozambique. En el plano afectivo, en esos primeros meses, fue esencial retomar la amistad con el Dr. Jorge Galeano Muñoz, que fue para mi un orientador, un maestro de alguna manera. En el reencuentro con él, Sofía y sus hijos, voy al Cabo Polonio, en un diálogo siempre fecundo con Jorge. Ahí estaban mis otros amigos, Mario Caplán, Elisa Levi, sus hijos Sergio y Raúl que habían sido alumnos míos y se volvieron amigos después, y también estaban Omar Glezer y sus hijas. Fíjate que se mezclaban las generaciones. En el Polonio todo va ocurriendo en medio de ese intento –que después, definitivamente, no sería posible– de que mi hija Trilce viviera en Uruguay. Como sabés, Trilee regresa a vivir a Francia con su madre, Annie, que continúa allá su trabajo editorial.

– *Cuando después de tantos años volviste a pisar nuestra tierra, ¿qué pasó en tu interior qué ocurrió dentro tuyo?*

– De alguna manera, siento que todo ese regreso fue como hacia una huella que yo había dejado y que, cuando volvía, ponía el pie y coincidía exactamente.

– *¡Qué lindo eso!*

– Es cierto, era una linda impresión. Aunque uno no dejaba de pensar que hubo tantas heridas, tantas caminatas, como la del exilio, como la caminata interior terrible que fue esa caminata inmóvil, la de las presas y los presos, la de toda la gente que resistió aquí... Pero a la vez yo tenía esa sensación, en lo personal, de un regreso muy natural.

– *De que tu pie se ajustaba a esa antigua huella...*

– De que mi pie se ajustaba a esa antigua huella, sin olvidar todo lo que había pasado. «La comunicación estaba viva, yo sentía eso en Uruguay, y que también estaba viva la canción, dispuesta siempre "a redoblar". Y también fue emocionante visitar todos esos lugares que yo había tenido dentro mío, simbólicamente, en el exilio: recordar mi barrio de infancia, Sayago, la vida familiar en la casa quinta "Villa María", mi abuela y mis tías abuelas, vestidas de negro, amasando la pasta los domingos, toda esa cultura italiana, mis Giachetta Cafaro del sur de Italia. El piano, con mi madre, Lyda Indart, y su hermano José Alberto, aquel tío Beto, tan músico, y que fue para mí como otro padre; la tía Nelly, esa otra madre, dirigiendo la Escuela Roosevelt para ninos lisiados, a los que yo, de chico, les componía canciones para la fiesta escolar de fin de año. En la casa quinta Villa María había vivido la poeta Delmira Agustini, con su familia. En una de las habitaciones de esa casa, se conservaban aún los objetos personales de ella; así que el bajo alquiler incluía el compromiso de cuidar aquel tesoro, totalmente de acuerdo con la sabia decisión del propietario de la casa, Antonio Trabal, dueño de las Bodegas Angelito. Podrás imaginarte entonces la lucha que tuve, entre mi curiosidad infantil que me impulsaba a descubrir más sobre Delmira y el misterio y la prohibición que rodeaban su imagen. Un día cantaré eso, como alguna vez caminando por Sayago, le comenté a mi amiga la poeta María Gravina. Y también fue intenso visitar mi propia escuela en el barrio, la "República de Honduras", que estaba al lado de mi casa, donde mi alegría eran las mañanas en que había "redacción con tema libre", porque ya me gustaba mucho escribir. Reencontrar esas maestras que me impulsaron a escribir, Susana Mearu (que estuvo presa durante la dictadura), Hildegard Pigorsch, María Estela Porciúncula. También en el retorno fue hermoso volver a la ciudad de Minas, donde yo había vivido un tiempo junto a mi padre, Cédar, que como militar había sido enviado allí con la familia. Volví a ver ese paisaje serrano y a recordar las pesquerías con mi viejo en los arroyos y ríos, desde el Campanero hasta el río Cebollatí, el amor al monte criollo que él me dejó sembrado para siempre. Fue muy emocionante reencontrarme en Montevideo, en la casa de la calle Criollos, con toda esa

parte de mi familia: Chola, viuda de mi padre, "madre coraje", como la llamábamos; mis hermanas Graciela y Silvia; mis sobrinos Adriana y Alejandro. Sentí, Mario, cómo todo eso, los seres, los paisajes, estaban en lo que yo alguna vez he llamado "la casa roja de mi corazón", era como que ahí había sobrevivido todo aquello y en ese momento yo podía recuperarlo. Fue una experiencia muy honda.

– *Después de tu regreso van a ir ocurriendo muchas cosas en el Uruguay, entre ellas el período preelectoral, las primeras elecciones que tienen lugar el 25 de noviembre de 1984, pocos meses antes del fin de la dictadura. Y luego el cambio de gobierno el 1º de marzo de 1985. ¿Cuáles son tus recuerdos más nítidos en esa etapa?*

– Una cosa que me impresionó en el período previo a las elecciones fue la muerte del luchador tupamaro Adolfo Wasem, uno de los rehenes de la dictadura, la muerte en prisión, y recuerdo que durante el cortejo hacia el cementerio toda la columna se detuvo en la Plaza del Ejército escribiendo la consigna: «Wasem vive». Es imborrable, porque era como escribir que muchas cosas que se habían perdido iban a seguir viviendo de algún modo. En ese período hago un viaje a París, entre setiembre y noviembre, para seguir armando el regreso definitivo. Y entonces me llega una llamada a París de Chico Buarque, desde Río, como aquella anterior para trabajar en su disco, preguntándome en su portuñol: «¿que coisa e isto do Frente Amplio? Porque me están invitando a ir a cantar contigo y otros músicos al Estadio Centenario, el estadio de futebol...» Desde sus comienzos siempre admiré lo que hacía Chico; fue una de las razones que tuve para hacer aquel disco *Trópicos en el 72,* junto a los músicos cubanos. Y esa llamada me llegaba justo en aquel momento político y después de mi vuelta al Uruguay. Entonces le digo que sí, que vaya a cantar, que es muy importante que vaya; y así fue como hicimos esa presentación en el estadio en que, al final, con Chico cantamos juntos «La llamarada», el poema de Julián García con música de Jorge Salerno, el estudiante de agronomía asesinado en Pando. El festival incluyó a muchísimos músicos de mi generación y de la siguiente. Fue el primer encuentro colectivo, ahora ya no sólo de figuras individuales que volvían, sino un gran festival con cantidad de músicos que habían vivido y actuado acá en los años duros.

Entre ellos, Carlos da Silveira, que ante mi imposibilidad de tocar la guitarra por un dedo lastimado, se aprendió él solo el programa de canciones mías, nota por nota, en una semana, para acompañarme estupendamente en aquel festival. Fue el acto de lanzamiento de aquella primera campaña electoral del Frente Amplio. A partir de ese concierto se producen encuentros con varios músicos y me dedico en esos días a hacer varias entrevistas a gente de la generación posterior a nosotros. Por ejemplo, la que me parece más representativa de todas ellas es la que le hago en su casa a Jorge Lazaroff, el querido «Choncho». De alguna manera siempre defino a esa generación como «la generación Lazaroff», o a veces digo la de «Los que iban cantando... a redoblar», uniendo allí el nombre de un grupo emblemático de la resistencia como fue el de «Los que iban cantando» y la canción himno «A redoblar», de Mauricio Ubal y Rubén Olivera. También recuerdo haber encontrado a Fernando Cabrera, Laura Canoura, Mariana Ingold y, en un terreno más folklorístico, a Los Zueará y a Larbanois-Carrero. También a viejos compañeros como Carlos Molina, Rubén Lena, Wáshington Carrasco, Cristina Fernández, Eduardo Darnauchans, entre los que habían seguido aquí cantando y resistiendo, y a los que habían regresado, como yo, del exilio: Zitarrosa, Los Olimareños –Pepe y Braulio–, Numa Moraes, y varios que irían volviendo como Aníbal Sampayo, Marcos Velázquez, José Carbajal, Dino, Dianne Denoir, entre otros. En ese período se desarrollan actos en muchos barrios, es como que florecen de nuevo las actividades en los comités de base, y yo canto en varios de esos encuentros, hasta que se produce la elección y, todo eso, después del verano, va a desembocar en el primer gobierno de la nueva etapa.

– *El 1° de marzo de 1985, cuando subió ese primer gobierno democrático después de la dictadura, que llevó a Julio María Sanguinetti a la primera magistratura, ¿cómo viviste ese cambio?*

– Bueno, fue una fiesta colectiva; yo participé de esa alegría, claro que incluyendo «el detalle» de que el nuevo presidente era de derecha, Julio María Sanguinetti, que no era precisamente el deseado por nosotros y después de unas elecciones muy llenas de limitaciones. Recuerdo la presencia de mis amigos de la Nueva Trova Cubana cantando, invitados, para ese acto. Bueno, me ale-

gré de que participaran y de que Cuba estuviera presente a través de ellos, pero yo me sentía un poco raro en todo eso... Y no es casual que yo haya estado presente solamente como público en esos actos del día 1° de marzo.

– *¿Por qué te sentías raro?*

– Me sentía raro por el hecho de que después de tantos años de dictadura hubiera ocurrido que el presidente elegido no fuera de izquierda. Poco a poco yo iría entendiendo ese fenómeno, aparte de lo que te decía sobre las elecciones, como uno de los resultados de la influencia de la derecha en el manejo del miedo, de esa situación como de rehén que vivía y siguió viviendo nuestro pueblo. Así que yo viví esa contradicción, pero rescato el sentimiento de fiesta colectiva que fue formidable, porque en definitiva se estaba caminando hacia una democracia que queríamos nueva y ya se estaba sintiendo la cercanía de la liberación de las presas y de los presos, que todavía estaban en prisión. Luego, a los pocos días, llega la hora de esas liberaciones. Una imagen que se me cruza por la cabeza es la de estar en la calle San José, a la vuelta de la Jefatura de policía esperando la liberación de varios prisioneros, y por supuesto la salida del insustituible Raúl «El Bebe» Sendic, que se estaba reclamando a gritos como nombre simbólico entre tantos. De pronto paró un auto enfrente mío, que iba detrás de uno de esos camiones policiales que son todos cerrados, como cajones de plomo, donde trasladaban a los liberados. En ese auto venían los familiares de uno de ellos, acompañándolo hacia su casa y, al verme en la vereda, con mi hija en brazos, paran, abren la puerta y alguien me dice: «¡Daniel, somos nosotros!»... y era la familia del recién liberado coronel progresista Pedro Montañés, que había sido íntimo amigo de mi padre, colega y compañero frentista. Fue como un milagro que justo apareciera ese recuerdo de mi padre, que ya no estaba, que no pudo ver todo eso. Éste es uno de los hechos que recuerdo. Me acuerdo también de mi reencuentro con Henry Engler, hoy científico reconocido internacionalmente, que había sido rehén de la dictadura, a quien yo conocía como músico, desde la época del conjunto Los Cimarrones, del cual era cantor y guitarrista. Fui con él a casa de Jorge Galeano, donde conversamos con Mauricio Gatti y con Mauricio Rosencof, otro rehén recién liberado. Y poco después, claro, el emocio-

nante acto en la Plaza Libertad, el 17 de marzo de 1985, donde yo leí un mensaje dirigido a todas las presas y los presos liberados y luego canté, y otros compañeros también cantaron y fue un reencuentro verdaderamente emocionante. La plaza se llenó de abrazos porque fue una de las ocasiones más inolvidables, junto con la liberación misma de los presos del Penal de Libertad y, poco antes, de las presas del Penal de Punta de Rieles.

– *¿Cómo encontraste a los uruguayos, a la gente aquí después de los años de dictadura? ¿La gente era igualmente solidaria, o la dictadura había dejado alguna huella de mezquindad?*

– Yo percibí señales de lo que se había vivido: todo ese hostigamiento terrible de la dictadura. La realidad había llevado a la gente como a replegarse, a aislarse, ya que estaba prohibido reunirse. Frente a todo lo que pasaba supongo que hubo que refugiarse más en uno mismo. En ese sentido la canción jugó un papel muy importante, no sólo como herramienta de conciencia, sino también para facilitar la comunicación entre gente con un sentimiento en común. Durante aquellos años de plomo se había desarrollado una resistencia y una solidaridad muy fuertes: la solidaridad con los presos, las visitas en las cárceles, la lucha tenaz y ejemplar de los Comités de Familiares. Algo de eso respiré en mi regreso. Todos esos lazos, esas complicidades, esas huellas de cómo, a pesar de la condena al aislamiento, se había logrado estar juntos, trabajar juntos y resistir juntos. Pero claro que no fue gratita esa influencia de la dictadura. Yo sentía, por ejemplo, que si bien éramos muy solidarios con todo lo que nos pasaba como pueblo –ahora hablo del primer período de mi regreso– no estábamos tan pendientes como antes de lo que pasaba afuera; había un poco menos de solidaridad presente con las luchas de otros pueblos, que seguían dándose en tantas partes, en Chile, por mencionar un caso. Creo que dejó algún saldo toda esa influencia negativa de la dictadura. Aunque se ha ido superando eso, en el paso del tiempo.

– *Volviendo a tu oficio, ¿cómo te integraste en tanto músico en la nueva situación?*

– En cuanto a mi trabajo como músico, retomé progresivamente mi actividad profesional aquí y recuerdo algunas cosas a señalar, como el recital en el 86, en Cinemateca Uruguaya para

presentar la reedición de Hombres de nuestra tierra, el disco con mi amigo Juan Capagorry. El reencuentro con Capita fue una de las emociones de mi retorno. Y también hicimos nuestro «A dos voces», Mario, en 1985, en el Cine 18 de Julio, por primera vez en Uruguay. Me acuerdo que estaba tu mujer, Luz López, y tu hermano Raúl y su compañera Elena Arregui (Tona). Como yo no tenía todavía un representante artístico, emprendieron esa tarea Sergio y Daniela Caplán, amigos jóvenes, y todo salió muy bien en las cuatro funciones. Y siguieron muchos recitales míos, en mi trabajo habitual de solista, que he mantenido en la mayoría de los casos, a veces con acompañamientos puntuales de algunos muy buenos instrumentistas. Desde esa época voy trabajando siempre con una mezcla: el repertorio de mis comienzos, el del exilio y, poco a poco, voy sumando nuevas canciones. En realidad nunca dejé canciones mías fuera de circulación, siempre las asumí y lo que sí hago, en algunos casos, es contextualizarlas, reubicarlas en el tiempo histórico en el que surgieron. Incluso hay algunas que toman un sentido nuevo con el paso del tiempo. Eso sí, hay canciones que el público no me perdona si no las canto. Es el caso de las infaltables «A desalambrar» y «El Chueco Maciel». Pero no me niego a cantarlas, insisto en equilibrar ese reclamo con mi búsqueda de que mis nuevas composiciones sean oídas y poco a poco integradas a las otras. Es un desafío que me mantiene despierto. De pronto he tenido sorpresas como que me pidan, en fechas muy cercanas a mi regreso al país, «Canción bicéfala», o tiempo después «Esdrújulo», y eso es lindo, se sale de lo previsible, te «desalambra», digamos, el repertorio. En 1992 presenté justamente mi disco «Esdrújulo» en el Teatro Solís, que todavía no había sido renovado, con la participación de algunos de los músicos que intervinieron en aquel fonograma: Mariana Ingold, Carlos da Silveira, Jorge Trasante, Pablo Sonima y Osvaldo Fattoruso. Y también en toda esa etapa actuó en El Galpón, hice repetidos cielos en esa otra importante tribuna de la música popular uruguaya que es la Sala Zitarrosa. Además de los músicos mencionados, en otras ocasiones he sido acompañado por Gustavo Etchenique, Edu «Pitufo» Lombardo, Ana Apotheloz y Gregorio Bregstein.

– *También continuaste con tus actividades solidarias...*

– Sí, desde que volví al Uruguay y a lo largo de estos años sigo alternando, como siempre, lo profesional y lo solidario. En el 88 tuve una experiencia muy fuerte en el cantegril donde había vivido el Chueco Maciel. Yo había estado ahí en el pasado, al poco tiempo del asesinato del Chueco. Y de nuevo en el país volví allí y tuve la posibilidad de conocer al Padre Cacho, ese infatigable trabajador de conciencias, que tanto hizo, hasta el fin, por trabajar contra la miseria de la gente del cantegril. En ese espíritu, con un grupo de vecinos que organizaron todo, con el apoyo del valioso y valiente programa radial Testimonios, que creó en Uruguay Graciela Salsamendi, se levantó un pequeño escenario para un recital mío al aire libre, con el objetivo de recaudar fondos para construir una guardería infantil en el barrio. Estuvo presente Doña Santa Maciel, la madre del Chueco, y el recuerdo de aquel muchacho reunió alguna gente del barrio, la más concientizada, por la realidad misma o por el ejemplo de seres como el Padre Cacho. Muchos jóvenes vinieron desde el otro Montevideo, a cruzar barriales y conocer un poco el lugar de aquel Chueco que supo tener gestos solidarios, ahí en esa zona adonde los políticos de los partidos tradicionales sólo iban a conseguir votos tiempo antes de cada elección. Ésa fue una de las tantas actividades solidarias de esa etapa, donde seguí, por ejemplo, apoyando con mi canto a algunos comités de base, y actos estudiantiles o sindicales. Y por supuesto continué siempre mi trabajo cantando para los movimientos de Derechos Humanos.

– *En tu regreso, también vas a retomar tu trabajo discográfico, comenzando por los recitales del retorno...*

– Sí, yo reabrí mi producción discográfica en Uruguay grabando un disco en vivo con los conciertos del Estadio Franzini, aquellos del regreso. Es el disco que aquí en Uruguay se llamó «Por ellos canto» que contiene canciones que yo compuse en el exilio, y que en realidad no grabé hasta que pude cantarlas en el sur.

– *Y esas canciones hasta entonces inéditas, ¿tenían algún vínculo entre ellas, algún vaso comunicante?*

– No necesariamente, salvo que habían sido escritas en el exilio. Con la excepción de «No tan gotán», hecha antes en el Uruguay, como también «Soledad Barrett», que terminé ya fuera del país. Bueno, sí, pensando bien, en realidad hay algunos conteni-

dos afines. Por ejemplo, cuando canto a tres países diferentes de América Latina: Paraguay, a través de la figura de Soledad; Nicaragua, en mi contacto directo con aquella realidad nacida de Sandino, y El Salvador, país que no conocía y para el que compuse mi canción evocando a su poeta Roque Dalton. Algunas otras en ese disco me parecen entre autobiográficas y reflexivas como «Por ellos canto, Identidad» y «Canción nueva». Y como elemento diferente, unas primeras cosas a partir de imaginar juegos del cuerpo y del alma, que serían «La mano impar» y «Canción bicéfala», por ejemplo. Otra composición que podría agruparse con mis viejas canciones, entre las no escritas para niños pero muy oídas por ellos, sería «Las hormiguitas», como antes «Gurisito» y Negrita Martina. Te cuento que «Las hormiguitas» la comencé a escribir en gira por Viena, cerca del río Danubio, por eso recurro al humor en la cita inicial del vals *El Danubio Azul*, de Johann Strauss... Ese disco sale en Francia con el título *Trabajo de hormiga* traducido: *Travail de fourmi.*

– *¿Y después de los discos grabados en vivo entraste de nuevo a un estudio a grabar* Esdrújulo?

– Sí, Mario, pero antes, no olvidemos nuestros discos *A dos voces,* en que recurrimos a grabaciones en vivo hechas en recitales nuestros en Montevideo y en Buenos Aires. Bueno, si nos ponemos a recordar todas las veces que hemos hecho nuestro dúo... sería contarte cosas que ya sabés...

– *Bueno... volvamos a* Esdrújulo.

– En 1992 me había decidido a grabar en estudio, lo que terminó siendo el disco *Esdrújulo.* Algunos de los arreglos fueron hechos por el invalorable compositor y musicólogo Coriún Aharonián, verdadera dínamo cultural. También con la participación en el disco de los músicos con quienes lo presenté en el Solís y otros varios. En *Esdrújulo* hay dos vertientes, trece canciones nuevas, desde «Prólogo», que abre el disco, hasta «Epílogo» que lo cierra, pasando entre otras por la que da nombre al fonograma. Y hay dos trabajos que vienen de antes: «Aire de estilo», un solo de guitarra dedicado a Yupanqui, y «Canción para armar», que compuse en 1973, tras ver, en el cumpleaños de Miguel Barton, recién salido de prisión, dibujos hechos adentro por otro compañero suyo de cárcel, y que resultó ser el artista plástico Ernesto Vila. Hay otra composición mía, *La canción de Trilce*, en la que

partiendo del nombre del libro de poemas de César Vallejo, escribo una letra en la que pienso en mi hija Trilce. Para esa música me basé en un aire anónimo del sur de Chile que me enseñó una querida amiga chilena, Ximena Bulnes. Aparte, como en casi todos mis discos, interpreto algo de otros autores, en este caso de las duplas Eliseo Salvador Porta y Alfredo Zitarrosa, y Circe Maia y Jorge Lazaroff. Desde el punto de vista técnico participó el uruguayo Carlos Píriz, al igual que años antes en *Canto libre* y *Canciones chuecas.* En *Esdrújulo* me grabó él junto a Laura Fonzo en Buenos Aires. En Montevideo, terminamos la mezcla con Daniel Báez. Tengo que decirte que los técnicos de grabación han tenido mucha importancia en mi trabajo. Así que también recuerdo a Eduardo Etchepare, que grabó mis dos primeros discos, y a otro técnico uruguayo, mi amigo Francisco Grillo. En el exterior, no olvido a los técnicos de EGREM en Cuba, Medardo Montero y Jerzy Bele, que intervinieron en otros dos de mis trabajos.

– *Cantando, grabando, ya instalado en el Uruguay, seguiste viajando al exterior*

– Sí, es verdad. Tanto que en mis primeros tiempos viviendo ya en Uruguay, no faltaba acá quien me preguntara: «¿Por cuántos días estás, cuándo te vas?» Y es que por diferentes razones afectivas y de trabajo, mis viajes de ida y vuelta a París se fueron prolongando, siempre coincidiendo con alguna actividad en Europa. Te comento algunos de los trabajos que hice en ese período. En París di varios conciertos en el Théâtre de la Ville, la sala en que años antes me habían arrebatado el grabador durante aquel recital de Atahualpa. En Alemania di un concierto en el Alter Oper de Frankfurt. En España, Raimon me invitó a participar en el homenaje que le hicieron en el Palau Sant Jordi de Barcelona. En el Folk Festival en Turín, Italia, compartí una noche latinoamericana con los brasileños Caetano Veloso y Margaret Menezes. Algo fuera de lo habitual, fue cuando el periodista Gianni Miná nos invitó a Milán a vos, Mario, a China Zorrilla y a otros uruguayos. Fue cuando el campeonato del mundo de 1986, para aquel programa de la RAI sobre nuestro país, ¿te acordás? Participó nada menos que quien nos hizo ganar en Maracaná en el 50: el puntero Ghiggia. En esos viajes, además de trabajar, pude visitar a viejas y nuevas amistades. En París, me reunía con los urugua-

yos en La Parrilla, donde todos trabajaban solidariamente por proyectos de cara a nuestro país, como el siempre generoso «Viejo» Rossy y tanta gente linda, entre ellos Higinio Mena, el cantor argentino que Figura en el repertorio del Choncho y del Sabalero. También en esa época recuerdo un nuevo encuentro con Sendic –el primero había sido en Cuba, junto al Doctor Elena– y otros, también fugaces, en Montevideo, tras ser liberado. En París lo veo por última vez, ya muy enfermo, apoyado, entre otros, por un amigo uruguayo médico, muy solidario, Eduardo Andrealo. Con él fui a visitarlo y llevé la guitarra, que me parecía la mejor manera de abrazar al Bebe. Le pregunté qué quería escuchar y me pidió «El Chueco Maciel». Tiempo después, en Montevideo, una multitud esperaba su cuerpo en el aeropuerto para enterrarlo en La Teja. Siempre recuerdo «Todos conspiramos», aquel poema que le dedicaste tempranamente.

– *Sí, es cierto. Y siguiendo tu itinerario, ¿qué hiciste en América Latina durante esos años?*

– Y, por ejemplo, viajo por primera vez a Colombia, en una gira organizada por Betty Rolando, una recordada actriz de teatro uruguaya que vivía allí. Voy invitado a un festival de un semanario progresista, y además logro tener un encuentro con algunos miembros de la familia del sacerdote revolucionario Camilo Torres. Les pude contar a ellos que poco tiempo después de la caída en combate de Camilo, la Universidad de la República organizó en Montevideo un homenaje a su memoria, donde yo canté «Cruz de luz». Estaba presente la madre de Camilo, Isabel Restrepo. Cuando estaba terminando mis actividades en Colombia me comuniqué con los familiares del escritor ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, quienes me invitaron a Ecuador para que allí se intentara organizar algún recital mío. Pasé la frontera por tierra y ya empecé a vivir toda una situación fuerte en varios sentidos. Primero que nada porque había una complicación política interna en Ecuador y en el viaje que hice de Pasto a Quito, andaban camiones del ejército con nidos de ametralladoras arriba, controlando los caminos. Incluso nos hicieron bajar de la buseta, como la llaman ahí, dos o tres veces, con inspecciones de todos los que íbamos arriba, hasta de la guitarra. Y luego la llegada a Quito, desembocando en un mundo marcadamente indígena, una cosa her-

mosa, impactante. Y después tuve mis actividades musicales allí, en la Universidad de Quito, también una experiencia a no olvidar, así como la visita a la Fundación Museo Oswaldo Guayasamín, guiado por el propio artista. Tiempo más tarde, en 1987 voy de nuevo a Nicaragua. Allí participé en el Festival del Libro en Managua. Había tenido toda la emoción y el aprendizaje de lo que fue el período saludable del sandinismo. Eso fue muy importante para mí. Yo diría que después de la influencia de Cuba en los años sesenta, fue la segunda influencia fuerte que tuve, así, como conmoción política, en contacto directo. Dos años después, en el 89, cuando volví a otra feria del libro en Nicaragua, pude de nuevo cambiar ideas con Ernesto Cardenal. Por cierto, él resultará una de las figuras más críticas durante la crisis posterior del sandinismo. Después viene una experiencia muy particular que se me da en el año1988 en Chile donde, cuando me invitan, todavía estaba Pinochet y su dictadura. Eso surgió en un viaje que hago de Montevideo a París, donde me invitan a integrar una delegación de poetas franceses –hacía años que yo tenía la conacionalidad francesa– para participar en un festival cultural llamado «Chile crea». Fue como una burbuja ese festival, ocurrió con muy poca promoción pero con mucho público, a puertas cerradas. Se ve que en ese momento la dictadura tuvo que ceder el pequeño terreno de esos actos culturales. A mí ese viaje me permitió volver a abrazar amigos como ese cantautor tan original que es Gonzalo "Payo" Grondona. Esa vez pude conocer a Margot Loyola, que a veces queda un poco como olvidada, pero que es muy valiosa desde otra perspectiva que la de una Violeta Parra. Recuerdo que en ese acto, con sus muchos años encima, después de cantar, ella hasta se bailó una cueca. En el 89 volví a México y canté, esta vez sin vos, en la hermosa Sala Nezahualcóyote. Allí en México me reencontré con mi compañera Lourdes, que estaba viviendo en París y había viajado a la ciudad de México para visitar a su gente. Después, en el 91 tuve también actuaciones en Brasil, país que siempre ha sido para nosotros los músicos uruguayos un camino en repecho para que nuestra música entre hacia allá, en tanto que para ellos es un camino como en bajada, porque aquí la música brasileña penetra más, la conocemos bastante. En Brasil se nos iban abriendo algunos huecos en la red y entonces pude ir a cantar al Memorial de

América Latina, en San Pablo. Yo había dialogado mucho sobre ese Memorial con su fundador, el brillante antropólogo Darcy Ribeiro, en un encuentro que tuvimos en Cuba. Y fue en 1992 que me surgió la posibilidad de participar allí en un ciclo de recitales compartidos entre una figura no brasileña y una figura local, que el visitante podía proponer. Naturalmente que por amistad y afinidad yo sugerí a Chico Buarque. Pero como a Chico no le era posible en ese momento, opté por la participación de Edu Lobo. De él yo había grabado «Yo vivo en un tiempo de guerra» con letra de Guarnieri y Boal, sobre un poema de Brecht; y también su «Upa Negrito», con letra de Guarnieri, las dos en mí disco *Trópicos*. Y después de nuestras actuaciones individuales, esa vez en San Pablo, terminé cantando *Upa negrito* a dúo con Edu. Después, en el 96, cuando mi hija Trilce cumplía sus quince años, eligió como regalo venir de París a festejarlos a Cancún conmigo, donde nos impresionaron mucho las ruinas históricas cercanas, como Tulúm, por ejemplo. Después llegó mi compañera Lourdes a México, y el cumpleaños de Trilce siguió y fuimos los tres a Cuba. En la isla, compartimos lindas horas con Silvio Rodríguez y su compañera Niurka, en Varadero. Volvemos a México y mi hija retorna a su vida en Francia. En México, a dos años del levantamiento zapatista, me di cuenta de que yo había vuelto a un México que vi con ojos diferentes. Porque si antes te hablaba de Cuba y Nicaragua como dos fuertes sacudones en mí conciencia, el zapatismo en Chiapas será la tercera conmoción en mi vida a nivel de un fenómeno político colectivo. El zapatismo me trasmitió una visión distinta de muchas cosas, una tolerancia en cuanto a evitar el dogmatismo, el sectarismo, el autoritarismo; y una apertura frente a las cuestiones de género y de la diversidad sexual, por ejemplo. Fue un festival en La Realidad, que así se llama la zona, con presencia de varios de los dirigentes, como el subcomandante Marcos, pero también de los comandantes Nacho, David y de varias dirigentes mujeres, siguiendo el ejemplo de la comandanta Ramona. En medio de ese encuentro se organizó una jornada musical. Yo había viajado sin guitarra y me habían prometido conseguir una. Tacho, a quien le gusta mucho cantar boleros, me prestó una suya, sin estrenar, que le habían regalado compañeros españoles. Nunca la había afinado, así que me

puse manos en clavija (risas), digamos, en cuclillas, largo rato, afinando sobre el barro, infaltable en todas aquellas jornadas. Después de mis canciones, en un momento dado Marcos me pidió que presentara a jóvenes músicos indígenas. Así que pasé además a hacer esa tarea, frente a un público que también incluía a internacionalistas, porque había gente de todas partes del mundo. Recuerdo haber compartido esa experiencia con dos uruguayos: Julio Marenales, el dirigente y ex rehén tupamaro, y con mi amigo, el periodista y escritor uruguayo-mexicano, Carlos Fazio. Y en el 99, en el crucigrama de mis andanzas, volví a Cuba, para el 40° aniversario de Casa de las Américas, que para nosotros ha sido –tú lo sabes bien– un formidable centro de cultura y de unión. Siempre sentí como un orgullo que Fidel Castro me hubiera entregado la Medalla «Haydee Santamaría», quien fue gran conductora de esa Casa y de tantas cosas en su vida. Recuerdo que en ese aniversario estuve cantando a dúo «Gurisito» con Noel Nicola, este querido trovador que hemos perdido. Bueno, y te cierro el viaje por ahí...

– *Volviendo ahora a nuestro país, desde tu regreso en 1984 la derecha gobernó durante más de dos décadas, ¿cómo viviste esto?*

– Como te comentaba antes, me resultaba una situación complicada porque tras la dictadura gobernaba la derecha como antes. Sin embargo, el país de todas maneras no era el mismo que el del pasado, había quedado una herida abierta después de los años de lucha, de las prisiones, de las desapariciones, había una memoria de todo eso que influía en todos nosotros. Ya no éramos los mismos. Por ejemplo, los que llegábamos del exilio traíamos toda una experiencia vivida y un trabajo hecho en relación con el país desde lejos, que ahora había que confrontar con el país real, dentro. Además, vivíamos la sensación de que todos los luchadores que habían formado parte del imaginario colectivo, esos luchadores que se conocían por las fotos en los diarios o por seudónimos o por requerimientos de la represión, ahora aparecían a la luz pública, veíamos su humanidad personal, fueran de una u otra línea de la izquierda. Todos los que habían participado en la lucha por cambiar eran ahora personas concretas con las que podías hablar, con las que podías a veces empezar también a tener diferencias de opinión, era una realidad inédita que se instalaba. Y en medio de todo eso, como siempre me ha ocurrido y me sigue ocurriendo, conti-

nuaba mi relación con los grupos de trabajo de derechos humanos, incluyendo una nueva franja de lo que ha sido el movimiento de Hijos, que ha tenido la característica de reivindicar la lucha de sus padres, de sus madres, de sus ausentes. No solamente buscan el rastro de esos familiares desaparecidos –con todo lo que eso significa– sino que asumen las razones por las cuales esos familiares se jugaron la vida en un momento dado. Es un matiz importante. Y luego en esa etapa, que se podría llamar de transición democrática –o «democradura», como se la ha llamado por tantas situaciones injustas sin resolver– surge la campaña por el Voto Verde, muy importante para nosotros. Allí me acuerdo de mi participación cantando, marchando, esos viajes que eran ahora a pie sobre nuestro suelo y por nuestras calles en las manifestaciones. El día del cierre de campaña, las emociones eran grandes y yo grabé varios testimonios. Recuerdo el de una pianista, Alba González Souza, madre de Rafael Lezama, desaparecido uruguayo en Buenos Aires, que cuando le pregunté qué tocaría en ese acto, de tener un piano a mano, buscó en su memoria la melodía y comenzó a entonarme un pasaje de un vibrante Preludio de Chopin. En esa campaña veo también muy nítida la figura de Reina Reyes, aquella maestra de maestros, como lo es también otro ejemplar docente, Miguel Soler, con quien he tenido relaciones muy estrechas ya desde el exilio, y como lo era el maestro Homero Grillo, a quien conocí siendo yo joven. Frente a esa campaña nuestra por el Voto Verde para derogar la ley de impunidad que el gobierno defendía, la acción de los principales medios fue muy fuerte, desinformando, traicionando la verdad. En aquel momento hubo una operación muy eficaz para atemorizar a la gente. En ese, sentido era como «hacernos sentir rehenes», hacerle sentir al pueblo: «si hacen tal cosa ocurrirá de nuevo tal otra»... Entonces se produjo en el referéndum esa diferencia de votos que generó la consolidación de esta ley de perverso nombre –duele la boca al nombrarla– la Ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado. Lo que queríamos era que los responsables de haber violado los derechos humanos pasaran por la justicia, de eso se trataba.

– *Retomando aquella etapa, tras la primera presidencia de Sanguinetti, del 85 al 90, después vino el gobierno blanco de Lacalle, y en el 95 volvió Sanguinetti. ¿Cómo recordás ese período?*

– Aparte de todo lo cuestionable de esas etapas, recuerdo que muchos vivimos esos gobiernos del gobierno sanguinetista con la misma sensación de que se repetía aquella vieja continuidad en la alternancia entre blancos y colorados. Pero en el campo popular hay un hecho reconfortante que fue el oponerse a los intentos privatizadores del gobierno de Luis Alberto Lacalle. Es en ese momento que se gana el plebiscito contra la privatización de la Telefónica ANTEL y así se levanta la bandera contra las privatizaciones de empresas públicas. Atados al cuello por la deuda externa con el Fondo Monetario Internacional –atados con un alambre que bien valdría la pena también desalambrar– la pérdida de terreno en las empresas estatales era de mal agüero. En cuanto a un importante factor negativo del gobierno lacallista de entonces, te señalo en una ocasión el ataque a varios ciudadanos, entre ellos al joven Fernando Morroni, asesinado a mansalva durante la vigilia que se hizo junto al Hospital Filtro, en defensa del derecho de asilo, cuando la huelga de hambre de los militantes vascos, en 1994. La acción ordenada por Ángel María Gianola, ministro del Interior, fue ferozmente represiva, y dènunciada con valentía por Carmen Beramendi en el Parlamento. Al oírla aquel día me hizo recordar el temple de una hermana mayor suya en la Cámara: nuestra Alba Roballo.

–En contrapartida, ¿qué efecto te causó el pasaje del gobierno de la Intendencia a manos del Frente?

– Ése fue un paso que en el 90 nos sorprendió y nos alegró mucho. Las amenazas de la derecha sobre el caos y la inoperancia que invadirían la administración municipal, se desinflaron en poco tiempo. Se probó en los hechos que era perfectamente posible que la izquierda gobernara Montevideo, en muchos planos con eficacia, y hasta con un cierto reconocimiento de alguna gente de las bases de los partidos tradicionales. También teníamos la preocupación durante todos esos tres períodos de gobierno municipal progresista de que, en la medida que pasaba el tiempo, se mantuvieran los postulados de la izquierda, se mantuvieran los postulados del Frente y, como lo he dicho varias veces, que «la izquierda no se mudara al centro». Otra inquietud nuestra en aquel período era que no se produjera una desmovilización, porque al comienzo de la transición democrática, los comités de base

estaban vivos, renacían, y sin embargo después se pasó por un período de crisis en el que el Frente empezó a funcionar más de una manera cupular, digamos, entrando en dificultad la actividad de esos comités. Hubo un período de quietud no deseada y las cosas no funcionaron desde la base popular que tan importante ha sido y tendría que ser siempre para nuestra izquierda.

– *El tiempo va profundizando la crisis social y económica en el país y desde las elecciones nacionales de 1994 y los cinco años del nuevo gobierno de Julio María Sanguinetti, se va dibujando un importante progreso del electorado frentista. ¿Cómo vivís esa etapa?*

– Sí, es cierto que el electorado del Frente Amplio va creciendo, de modo que cuando nos vamos acercando al fin del segundo gobierno colorado y a las elecciones del 99, hay una esperanza en el triunfo del cambio. Pero todavía eso no resultaría posible y finalmente hubo que pasar al balotaje y enfrentar a los dos partidos de derecha que se habían unido por primera vez en una larga historia de antagonismos, con el claro propósito de no ser derrotados por la izquierda. Yo estaba citado para el acto del Frente tras el resultado final, que se venía insinuando como muy difícil. Entonces llego al estrado levantado en Bulevar Artigas, con el ánimo de que se podía todavía mantener ese fueguito interior de ganar a pesar de las dificultades. Cuando llega la noticia confirmada de la derrota del Frente en esa elección nacional, me toca elaborar el duelo cantando. En un momento inicial se piensa en suspender el acto cuando se sabe que se perdió, pero somos varios los que sostenemos que el acto hay que hacerlo igual. Entonces frente a la gente que estaba allí –que ya no era demasiada–, ante alguna solitaria cámara de televisión tengo que anunciar esta derrota antes de cantar. Cuán diferente todo eso a lo que iba venir en la última elección: el triunfo electoral del Frente en el 2004, con la alegría popular a flor de piel.

– *Y en estos primeros años del nuevo siglo, ¿cómo continuás tu camino?*

– Ya que me mencionás «camino», te diría que sigo en ruta pero con un poco menos de viajes al exterior; estoy un poquito más selectivo, desde que he logrado estar más tiempo en el país. Cuando uno ha regresado acá después de tantos años, te empiezan

a salir filamentos, te empiezan a salir como raíces nuevas, que no es que te aten, porque estás también en movimiento dentro del país, pero te hacen sentir de alguna manera útil en tu tierra y en tu trabajo. En todo eso ha sido un gran apoyo la instalación en el Uruguay de Lourdes, mi compañera, Lourdes Villafaña, que es psicoanalista, pero que fuera de su actividad me ha ayudado en muchas áreas de mi trabajo. Y entonces, por todos esos factores, los viajes han disminuido bastante. Salvo para ir a ver a mi hija en París, ya ahora recibida en su carrera de Artes Decorativas, en la Escuela de Bellas Artes, o a la familia y los amigos de Lourdes en México. Así como yo le he trasmitido mis afectos uruguayos a Lourdes, desde hace muchos años, ella me ha derivado los suyos de México. Esto abarca también el gusto por recorrer el Uruguay, cantando, cuando esto es posible, o sin guitarra. Algunas pesquerías que hemos hecho en ríos o arroyos, una escapada al Cabo Polonio, a la Barra de Valizas, a Maldonado, o algún paseo a Minas. Por cierto, acercándome a los recuerdos de mi viejo en Minas, llevé adelante mi deseo de reeditar una novela que mi padre había escrito en 1955: *El Clinudo*, la historia de un matrero cuya vida transcurrió en esos parajes*. En esa nueva edición, para la revisión del texto, Lourdes trabajó mucho y también nos apoyó mi sobrina, Adriana Rodríguez. Volviendo a tu pregunta, en mi camino uruguayo, otros viajes cerca se van sumando, como es el caso de Argentina, donde he estado en varios actos de Madres y Abuelas, con Hebe Bonafini, con Nora Cortinas, grupos en los que no elijo ninguna línea, participo con todos los sectores, alguna vez en la propia Plaza de Mayo, con Madres, y en otras partes también, en provincia. En La Plata, recuerdo la ocasión en que me invitaron a inaugurar un fresco sobre un muro de la ciudad, donde los grupos de Derechos Humanos habían escrito una larga lista de nombres de represores y de lugares de encierro. Un señalamiento, digamos, realmente conmocionante. Estaba allí el uruguayo Gabriel Manera, ex alumno mío, hijo de Jorge Manera Lluveras, otro de los rehenes tupamaros. Entre las emociones vividas en Argentina, tengo que mencionarte haber recordado, en Buenos

---

* Viglietti, Cédar: *El Clinudo*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2004.

Aires, junto a sus hijos Martín y Gabriel, a mi amigo Jorge Sivak; su intensa vida y su final trágico, ya en democracia, a consecuencia de sufrimientos que le ocasionó la guerra sucia. Y si sigo retomando emociones, te cuento de otro viaje a Chile, después de aquel retorno al «Chile Crea». Yo ya había participado para el aniversario de los treinta años de la muerte del Che. Eso fue en el 97, en el Estadio Nacional, con toda la conmoción de estar cantando frente a unas tribunas pobladas de mucha gente joven, en aquel lugar donde estuvieron encerrados tantos presos y torturados. En el 2003 volví por el aniversario de los treinta años de la muerte de Salvador Allende, donde estuve con su hija Isabel, cuando se inauguró un busto del Compañero Presidente en un barrio humilde de Santiago y se hizo un gran acto en el Estadio Nacional de Chile. Y también un nuevo reencuentro con Joan Jara, ahora profesora de danza. Visité la Fundación Víctor Jara, donde ella busca rescatar la memoria de este cantor, que sigue vivo en sus canciones, en la coherencia de sus ideas. Eso siento, más allá de diferencias ideológicas, que fueron habituales entre muchos de nosotros en ese período en Chile. También se produjo, al comenzar este siglo, mi regreso a Paraguay. Ese país había estado prohibido desde siempre para nosotros por la larguísima dictadura. Ya había cantado allí en festivales, había visitado algunas prisiones y centros de tortura que habían existido en Asunción. Esta segunda vez vuelvo a un festival en apoyo a un proyecto de cooperativas, ligado a nuestra federación de cooperativas FUMM. Y el regreso a El Salvador, donde he vuelto a encontrar a músicos de allí que había conocido hace décadas en el exilio, como el caso del grupo «Yolocamba I Ta». Algunos de ellos son de formación jesuita, porque en ese país casi todo pasa por la fe. Cuando voy a El Salvador a veces comparto actividades particularmente con un grupo local que se llama «Exceso de Equipaje». Ellos, periódicamente, realizan presentaciones en un programa de radio que se hace en diferentes parroquias; se reúnen vecinos de la zona, se graba y después se pasa otro día. Allí se junta en una mesa gente representativa de muy diferentes líneas políticas, y un delegado del barrio, y el público les hace preguntas. Es una experiencia muy linda, muy abierta, y hay música en los intervalos, donde participa este grupo, y cuando ando por ahí de gira me invitan también a mí a cantar.

– Como que a la realidad te conectás mucho a través de los movimientos sociales aquí y allá, trabajás con esos sectores...

– Lo que pasa es que la actividad de los movimientos sociales va tomando un lugar considerable en la vida política de nuestros países, el trabajo de las bases. Y en ese sentido otra experiencia importante para mí han sido los actos en relación con el movimiento de los Trabajadores Sin Tierra, del que mucho me habló ese tenaz luchador que fue «El Viejo» Andrés Cultelli. En Brasil, con Los Sin Tierra, he sentido la importancia de los movimientos sociales, cómo eso va cobrando un peso que a veces puede ser tan o más importante que los partidos o las organizaciones políticas. También han sido positivos mis contactos con los Foros Sociales Mundiales, que se hicieron, por ejemplo, en Porto Alegre. Y volviendo a la música, en Brasil, en Río, no quiero dejar de contarte que me encontré con alguien que sé que vos admirás desde siempre, Mario. Nada menos que Dorival Caymmi, con sus más de noventa años, que por vía de su nieta, la cantante Juliana Caymmi, nos recibió a mí y a Lourdes, en su apartamento carioca, con un cariño y una fraternidad asombrosa. Le hice una larga entrevista, y terminamos cantando juntos, sin guitarra, trozos de canciones suyas. Fue una experiencia inolvidable con este gran símbolo de la cultura brasileña. Y si pienso de nuevo en México, participé en un festival organizado por fuerzas progresistas que se realizó en el Zócalo de la capital, un evento llamado «Siglo XX: Revoluciones, Sueños y Pendientes». Me impresionó cantar por primera vez en ese enorme espacio frente a uno de los públicos más numerosos de mi vida, porque eran miles y miles de personas. Y en esa ocasión además, mientras yo estaba cantando, muy a lo lejos se sentía la música de los danzantes, que trabajan allí todo el día, y que evocan el pasado prehispánico de México. Y era una situación muy emocionante, un contrapunto que yo agradecí diciendo que no me interrumpían sino que me alimentaban. Por cierto, en ese acto en México conocí a uno de los últimos sobrevivientes de Los Dorados de Pancho Villa y pude entrevistarlo. Eso es lo que yo rescato cuando salgo, frente a la insistencia de los viajes, que tienen el costado un poco... de que hay que llevar la guitarra en mano, de que las valijas... de los cambios de horario en el sueño... es la parte pesada del oficio, pero todo eso tiene como

contrapartida los encuentros, el descubrimiento de otras realidades y el diálogo con tantos seres. En Venezuela fui a cantar para el «Festival de la Juventud y de los Estudiantes», en Caracas, en un encuentro de jóvenes también masivo, donde hubo gente de toda América Latina, entre ellos también delegaciones de uruguayos. Ese país donde yo siempre menciono el hermoso recuerdo que tengo de Alí Primera, ese trovador que es todo un símbolo popular. En una de esas visitas a Venezuela también pude conocer la experiencia bolivariana de «Barrio adentro», donde vi una cantidad de centros de asistencia médica para la gente menos favorecida que vive en esa parte de los cerros y la presencia de médicos cubanos compartiendo con ellos la vida en humildes viviendas de esa zona alta de la ciudad. Los voluntarios cubanos, a veces durmiendo en el suelo, pasando meses lejos de la isla, están al firme con su solidaridad y con todo ese sistema de asistencia zonal de salud. Ese esfuerzo por la salud colectiva es una cosa que me sorprendió mucho en Venezuela.

– *¿Y cómo es tu actividad de estos últimos tiempos en Uruguay?*

– Lo principal son los recitales, que casi siempre son cielos una vez al año. Se hacen en la inquieta Sala Zitarrosa, que ha impulsado el desarrollo de la música uruguaya; en El Galpón, que mantiene su tradición de apertura al género; o en el Teatro Solís, remodelado y afortunadamente también abierto a la música popular. El Solís es una hermosa sala y sigue siendo emocionante para mí cantar ahí por tantos recuerdos. Mi madre tocó allí muchas veces y también con mi padre yo iba de muy niño a escuchar a la Banda Municipal que dirigía Vicente Ascone. Me llamaba mucho la atención el director sobre la tarima, con la batuta, frente a la Banda sonando. Aunque después tuve una gran sorpresa cuando vi al director Leopoldo Stokowsky, dirigiendo sólo con sus manos en la película *Fantasía* de Disney. Me impresionó muchísimo la música de *La Consagración de la primavera* de Stravinsky, animada con dibujos sobre la era prehistórica. Yo tenía cinco, seis años. Cuando volví a casa comencé un juego: dirigía una orquesta imaginaria, reproduciendo con la voz pasajes de las obras, imitando algunos instrumentos de la orquesta. Poco tiempo después llegué a tener una batuta que me trajo mi madre de ese gran maes-

tro que fue Erich Kleiber, pero la perdí. Vaya a saber si eso no fue una de las razones de mi relación siempre cambiante con la música culta. Es cierto que a mi madre le debo todo un caudal de conocimientos y de inquietudes en materia de ese tipo de música. Cuando dejé de chico mis estudios de piano en el conservatorio, ya había aprendido mucho en casa, por esa transmisión directa, que de todos modos me fue útil años más tarde para la guitarra. A Lyda la recuerdo no sólo como la pianista que fue, sino como a un ser muy inquieto en todo lo que tenía que ver con lo cultural. Incluso, ya de regreso de su etapa francesa, en sus últimos años, siempre que podía iba a mis recitales y en medio de sus elogios, típicamente maternos, abordaba críticas y consejos que me han sido preciosos. Pero, bueno, se entiende entonces que siempre el Solís para mí es un espacio muy afectivo. Y además, Mario, porque en esa sala hemos compartido nuestro trabajo *A dos voces,* más de una vez.

–¿Y en Montevideo, actualmente, fuera de las salas principales o las alternativas, hay otros espacios de canto?

– Y en Montevideo, el trabajo, por ejemplo, en la Carpa móvil de la Intendencia, una experiencia renovadora que se va desplazando por diferentes barrios y a la que acude con entrada libre un público al que no le es nada fácil ir a los teatros. Sin olvidar, en el Cerro, al Teatro Florencio Sánchez, que se ha vuelto un centro cultural de la zona. Otra experiencia nueva es la apertura a la música popular uruguaya en la programación de la Semana Criolla del Prado, con los escenarios Zitarrosa, Carlos Molina o Ambal Sampayo. También el canto tiene lugar en algunos cines como el Plaza o el Metro. Y hay auditorios más pequeños, como el Espacio Guambia, por ejemplo, donde la actividad profesional se vuelve más coloquial, y eso es muy interesante para el público y para el músico. Y en espacios muy grandes, entre otros, está el Velódromo. Ahí se me han daao actuaciones combinadas con murgas, lo cual significó para mí tener un primer contacto vivo, cantando, con el carnaval. Porque alterné y canté con Diablos Verdes y Contrafarsa, en dos ocasiones. Lo de compartir actuación con murgas era para mí un viejo deseo que tenía guardado en alguna parte mía. Había entrado a ese carnaval siempre como escucha, como espectador, desde que mi viejo me llevaba a los

tablados y me alzaba en hombros. Y además de que me gusta el género, son muchas las murgas que han tomado temas míos en diferentes carnavales.

– *¿Y también en esta etapa has abarcado el interior?*

– Te cuento que he buscado acrecentar mi relación con el interior, más allá de los bloqueos de ciertos festivales. Algunos pasos di en ese sentido con el productor Aldo Novick. En el año 2001 emprendí no una odisea del espacio, pero sí una odisea del interior, lo digo así porque no es nada fácil plantearse una gira por el interior de nuestro país, poderla coordinar. Lo hice con el apoyo de producción de Elbia Fernandes y Luis Trochón, y sobre todo tratando de contrarrestar un hecho que persiste y que es la escasez de propuestas que se me hacen a mi en particular, para participar en los diversos festivales del interior. Hay ahí un fenómeno que no tiene que ver conmigo, porque yo estoy y siempre estuve deseoso de cantar en el interior y siempre abierto a participar en todos esos eventos a los que sin embargo no me convocan, por razones que yo ignoro –algunas excepciones confirman la regla–, lo que quizá tenga que ver con una eventual discriminación desde las Intendencias conservadoras o con los criterios manejados por quienes seleccionan a los eventuales participantes. Los resultados son repetitivos –solistas o grupos prácticamente infaltables desde hace veinte años– y muchas veces hay una inclinación a los productos más populistas y menos arriesgados estética e ideológicamente. Ahora habrá que comprobar, desde el acceso del progresismo a varias intendencias del interior, si hay un cambio de timón. Y no lo digo sólo por mi caso, que es el que conozco de veras, sino por todo un sector de la música popular uruguaya prácticamente impedido de participar en esos festivales de público masivo, en particular varios músicos de generaciones posteriores a la nuestra.

– *Y en cuanto a tu producción discográfica, de algunas actuaciones tuyas, nace un nuevo disco en vivo...*

– Sí, que se llama *Devenir*. Me he ido dando cuenta de que cuando canto en público la interpretación tiene una intensidad diferente que en el estudio de grabación. Es como que el público te hace darte más, lo cual no quiere decir que no prevea algún disco futuro en estudio, que siempre tiene otras características, de

arreglos, de sonoridades, otra estética. En *Devenir* incluyo varias de mis últimas composiciones: «El vals de la duna», cantada y, luego, cerrando el disco con la versión instrumental junto al flautista Pablo Somina, tema que compuse para *Cabo Polonio*, una película del uruguayo Gabriel Varalla; otra canción es «Che por si Ernesto», en la que intento abordar de Guevara ya no su perfil de guerrillero, sino otras lecturas de su interioridad, a la vez de cuidar que no lo canonicen, que no lo represen ni lo limen, y señalando a quienes lo abandonaron a su suerte en Bolivia junto a sus compañeros. También *Chiapaneca*, la canción que hice luego de estar en Chiapas en aquel Encuentro organizado por los Zapatistas. Revisité algunas canciones mías en nuevas versiones, como *Mucho poquito y nada*, coreada por el público, que siempre es algo muy lindo para uno. Incluí también como intérprete un tema temprano de Zitarrosa, algo de Yupanqui y también de Yupanqui y Pablo del Cerro. Y un vals del repertorio de Tormo que me quedó grabado desde la infancia, «Puentecito de mi río», del poeta Buenaventura Luna, con música de Diego Canales y de Tormo. Sabés que en Buenos Aires lo pude conocer a Antonio Tormo. Fue aquel cantor que me decidió de niño, él sin saberlo, desde sus discos, a tratar de imitarlo. Fue una pasión imitar sus canciones, que me encantaban, con sus guitarristas y el arpa de Prudencio Giménez. Lo conocí entonces con más de noventa años. Y lo entrevisté en la casa de mis amigos Omar y Gloria Glezer en Buenos Aires. Me dijo que seguía cantando, y me volvió a sorprender, porque me contó que siempre iba a clases de ejercicio vocal, todas las semanas, con una profesora. Por todas esas historias quise que hubiera algo suyo en *Devenir*.

– *Es curioso,* Devenir *es un término similar en castellano y en francés... ¿Lo elegiste también por eso?*

– Es cierto... Pero no, no lo pensé, me di cuenta después, son esas cosas del azar, que a vos también te gustan mucho... Aunque sería natural esa resonancia en mí por los años vividos en Francia. Por mi madre que vivió tantos años allá, trabajando con su piano, en París, en Nancy, en Metz, en Nantes, hasta antes de regresar acá. Por mis tiempos de familia francesa y de obtener la nacionalidad. Por Trilce, que nació allá, que aprendió piano en París y que luego eligió su propio camino hacia las Artes Decorativas. Por

Lourdes, con quien nos conocimos allí, por nuestras andanzas diurnas con ella por los parques, por los muelles, en las manifestaciones, y las noches en los cines, en las librerías del Barrio Latino, o mirando los atardeceres en Ivry, mientras oíamos a Ferré o a Chico Buarque. Pero, de todos modos, yo creo que esa aparición del término devenir, viene más bien del azar...

– *Sí, sí, el azar no descansa... No es por azar cambiando de tema, que en camino a cincuenta años de tu actividad como compositor e intérprete, en tiempos recientes hayas cosechado varios premios, como el Morosoli, o cuando te nombraron Ciudadano Ilustre de Montevideo y en Argentina Visitante Ilustre de Buenos Aires y de Morón... y también Maestro de Vida, ese premio de los trabajadores de la educación de Argentina. ¿Qué significan para vos esos reconocimientos?*

– Bueno, vos sabés mucho de eso de recibir premios. Son cosas que siempre asustan un poco, ¿no?, por aquello de que los años no vienen solos... vienen con premios... Pero bueno, yo recibo eso como un impulso, un desafío para seguir produciendo, para seguir cantando, escribiendo, para seguir comunicándomb. Y también están esos otros premios, digamos, que son como chispítas: los mensajes cálidos de la gente. Es cuando de repente en una calle te cruzás con alguien joven que te hace una guiñada, o que pasa y te dice «vamos arriba», o las felicitaciones concretas, dentro y fuera de los conciertos, en la vida cotidiana; también, la cantidad de Anaclaras y de Martinas, de niñas que llevan esos nombres por las canciones, entre ellas Martina, la hija de mi amiga Myriam Dibarboure, y en mi propia familia, Martina, la hija de mi sobrino Alejandro Rodríguez. Eso es muy emocionante. O los testimonios, que a veces me los dicen casi en secreto, de presas o presos que recuerdan que en algún momento los ayudó una canción, a lo cual yo siempre insisto en contestarles todo lo que nos ayudaron a nosotros, los que escribimos o cantamos o simplemente existimos, cómo nos ayudaron con lo que ellos y ellas lucharon y resistieron. Yo tendría que felicitarlos y pedirles firmas a todos ellos. Bueno, así los mensajes cotidianos llegan y me conmueven, y creo que son una manera de sentir entre todos que nada ha sido inútil, que todo ha valido la pena –por cierto que pena hubo y cuánta– y que ahora no nos olvidamos de todas esas

cosas mientras vamos reconstruyendo la alegría de seguir. Me salió de un tirón la frase...

– *Sí, y eso no creo que sea por azar... Decime, en medio de tu actividad de músico, aquí o en el exterior, ¿continuabas tu trabajo de investigación para tus artículos o para tus programas de radio?*

– Sí, para darte una idea de todo eso, te cuento que fui uno de los impulsores cuando nació el semanario *Brecha*, que es como un cierto eco del legendario semanario *Marcha*, en donde publiqué muchos artículos en aquellos años anteriores al exilio. En *Brecha* escribí más o menos regularmente durante un tiempo. En cuanto a la radio, que era una actividad que yo había mantenido en el exilio, la retomé en Uruguay apenas regresado, porque yo entré aquel 10 de setiembre del 84, como ya hablamos, y en noviembre estaba saliendo ya mi programa *Tímpano* en FM, en aquella inquieta Emisora del Palacio. Fue también ocasión de trabajar con jóvenes que me ayudaron generosamente con detalles técnicos o de archivo.

– *¿Y por qué* Tímpano?

– *Tímpano* es el nombre amplio que yo le puse al programa para poder tratar materias muy diferentes; no lo quise etiquetar como algo solamente musical porque a veces en él la palabra puede tener un peso muy grande. Es un programa en el que yo difundo música, encuentro músicos, aquí y allá, pero entrevisto también a gente que tiene que ver con la cultura en otras actividades. Escribiendo me siento también como pez en el agua. Quizá por eso he entrevistado naturalmente a varios escritores, obviamente que a ti, Mario, pero también a Nicolás Guillén, Julio Cortázar, Juan Gelman, Eduardo Galeano, Osvaldo Bayer, Idea Vilariño, Elena Poniatowska, Ernesto Cardenal, Circe Maia, Claribel Alegría, Thiago de Mello, y la lista sigue. A algunos de esos escritores les he hecho un seguimiento –a ti, a Galeano, a Gelman–, como a algunos cantantes con quienes he multiplicado las entrevistas en diferentes períodos de sus vidas -Chico Buarque, Pete Seeger, Joan Manuel Serrat-, pero también he dialogado con artistas plásticos como Oswaldo Guayasamín, Octavio Podestá, León Ferrari, con quienes, en los tres casos, tuve el privilegio de recorrer sus talleres de trabajo. He abordado para *Tímpano* a psicoanalistas comprometidos con su tiempo, como es el caso de Jorge

Galeano Muñoz y Marie Langer, que ya te nombré, así como más tarde a Maren y Marcelo Viñar, y a Elsa y Daniel Gil. En fin, he entrevistado a diversas gentes de la cultura, la política y la comunicación. El formato es relativamente breve, lo hago muy conciso, trabajo mucho con la edición, porque es un programa grabado, donde trato de lograr un lenguaje propio, un estilo. Después del cielo inicial en FM, pasé a hacerlo en AM, desde hace una década, con mucho más alcance, en Radio El Espectador, la emisora donde, de muy joven, yo actuaba en la fonoplatea. Y bueno, con *Tímpano*, sumando las etapas en las diferentes emisoras, creo haber sobrepasado los mil programas. Es un espacio que logra buena audiencia, lo sé por los mensajes que me llegan y porque también se oye mucho en el interior y en el exterior, a través de Internet. En la producción del *Tímpano* y en otras tareas, he contado con la valiosa asistencia de Andrés Renna, estudiante avanzado de la Facultad de Ciencias de la Comunicación. El programa ha tenido ciclos puntuales en España, Francia y Suecia; y en Argentina, Cuba, México, Nicaragua y Venezuela.

–¿Esto último te permite mantener una conexión con países que has conocido como cantante?

– Sí, pero además tiene otras derivaciones interesantes. Por ejemplo, he organizado aquí con algunos artistas del exterior un nuevo tipo de recitales que he llamado «Conciertos del Tímpano». En esa actividad soy un poco el anfitrión que recibe a alguien de fuera, y eso lo pensé un poco como agradecimiento a algunas figuras solidarias del exterior, que supieron ser muy solidarias con Uruguay. Y en ese sentido, he empezado esa experiencia con tres artistas en dos etapas diferentes, casualmente son nórdicos los tres: uno es sueco, Jan Haminarlund. Y los otros, que vinieron posteriormente, son noruegos: el cantautor Lars Klevstrand y el instrumentista y compositor Alfred Jansen. Tengo siempre la intención de continuar con cierta regularidad esa experiencia, pero requeriría de más infraestructura, de más apoyo. Y no es fácil.

– ¿Ya veces vas a oír a otros de nuestros músicos en sus propios recitales?

–Sí, sobre todo tuve la preocupación –no pude realizarla siempre, pero en muchos casos sí– de escuchar a músicos uruguayos

más jóvenes que los de mi generación. Y hay muchos valores que van creciendo. Trato de difundirlos en mis programas de radio y aprovecho esas horas de tarea para oírlos. Siempre hay algo para aprender de las nuevas generaciones. Todo esto tiene algo de tejido, de hilos que se cruzan, de zurcidor, como diría Darnauchans.

– *Desde hace un tiempo comenzaste a hacer un programa en televisión, ¿qué te llevó a abordar ese otro medio?*

– Sería como que le puse mirada al *Tímpano*, ¿no? Porque empecé a sentir que en ciertos encuentros, como por ejemplo ése en que estuve con Dorival Caymmi, después de hacer la entrevista con el grabador, me quedaba la sensación de haber perdido una oportunidad de rescatar su imagen completa. Eso me ha pasado con mucha gente. Y además al ponerle mirada al *Tímpano* le puse realidad a un viejo sueño mío, el de trabajar con la imagen. ¿Te acordás que a mí me gustaba mucho el cine, que eso lo habíamos hablado en aquel diálogo de hace ya más de treinta años? Yo tenía entonces el sueño de utilizar una cámara y es algo que se ha vuelto un poco más accesible con el video. Esta serie de programas se llama *Párpado* y nació en TV Ciudad, el canal municipal montevideano. En *Párpado* he incluido una serie de programas que se llama *El nacimiento de las canciones*, con un equipo integrado por Sergio del Cioppo, como inquieto productor, junto a un grupo de profesionales muy eficientes. En esa primera serie de *Párpado* narro e ilustro con imágenes diversas, el origen de algunas de mis canciones, y las canto, claro. El ciclo lo abrí recordando que compuse *A desalambrar*, en 1966, a pocos días de una dura represión a obreros de los frigoríficos en el puente del Arroyo Pantanoso. En ese primer capítulo, mencioné la influencia que tuvo sobre esa canción mía, el milongueo en mi menor del entrañable payador Carlos Molina, a quien evoqué invitando al programa a su nieto Efraín, fotógrafo. En el segundo ciclo de *Párpado*, que se llama *Yo pregunto a los presentes*, dialogo con figuras del ámbito cultural o social con quienes he intercambiado opiniones y experiencias a través de mi periplo como músico: entre otros, con los cantantes Isabel Parra, Liliana Herrero, Joan Manuel Serrat, Milton Nascimento, el dibujante Pepe Palomo, el artista plástico León Ferrari, los escritores Eduardo Galeano, Osvaldo Bayer, y con vos mismo Mario...

– Es cierto que el pasaje a la izquierda de la Intendencia montevideana generó iniciativas como la de TV Ciudad.

– Sí, claro. Cuando hace algunos años fui invitado a la Argentina a cantar en un encuentro de dos orillas entre el Municipio de Buenos Aires y el de Montevideo, me pidieron que interviniera en un coloquio. Cuando me tocó hablar sobre lo cultural en Montevideo, no por casualidad elogió como lo más positivo de aquella etapa la línea de trabajo de TV Ciudad. En el campo de la música popular uruguaya, se han hecho otras cosas positivas en Montevideo, si pienso, por ejemplo, en las actividades en las salas que te mencionaba: la Zitarrosa, el Solís, la Carpa, la Semana Criolla, como ya te dije. Sin embargo, en materia de cultura, muchos hemos sentido que las realizaciones no iban siempre al ritmo de lo que se había esperado o soñado. Tal vez es un problema que tiene que ver con la relación de los sectores que conducen la cultura con los trabajadores de ese ámbito. En general es como que ha faltado comunicación, quizá de ambas partes. Creo que un gobierno progresista tiene que buscar relacionarse también con la gente que es crítica, que exige, y no tiene que temer eso; hay que entender que es una articulación a favor del proceso de construcción de una política cultural. Que el sentido crítico funcione, eso es muy importante. Quizá queda algo de los viejos tiempos del «no te metás», que también se introduce un poquito en las experiencias de cambio; no meterse, no opinar, yo creo que no hay que caer en eso.

–Bueno, después el Frente fue creciendo, hasta llegar a ganar las elecciones a escala nacional, ¿qué podés decirme al respecto?

– Yo pienso que luego de aquellas inquietudes iniciales sobre qué iba a pasar con la izquierda en el gobierno, la gente constató una gobernabilidad normal de la vida ciudadana en la capital y pudo apreciar emprendimientos positivos que iban diferenciando a la comuna de izquierda de sus antecesores de derecha. A través de los gobiernos municipales de Tabaré Vázquez y de Mariano Arana, se confirmó que el mundo no se terminaba, como auguraban los reaccionarios, sino que empezaba otra experiencia viable, con su nivel de cambios poco a poco positivos. Pienso que esto, junto a la debacle económica producida por la corrupción de la derecha en el gobierno, fue sembrando una certeza en la gente de

que era posible un cambio que fuera a nivel nacional. Y también comenzaron a participar en el terreno electoral, seres que habían sido antes supliciados y difamados por la dictadura, que habían sido considerados hasta «innombrables» y que, en realidad, eran portadores de valores como la equidad y la justicia, por los que habían luchado tanto. Nombres como Jorge Zabalza, al comienzo, en la Junta Departamental; José Mujica, que como candidato del Frente se iría volviendo pieza clave para el triunfo electoral; Eleuterio Fernández Huidobro, Nora Castro, entre otros, empezaban a recibir un creciente reconocimiento público. La victoria del Frente tuvo mucho que ver con esa realidad múltiple: la positiva de ciertos logros de los gobiernos municipales; la negativa del triste legado de la derecha; y el saludable resurgimiento de opciones ideológicas sostenidas por pasadas luchas populares. Creo que todos esos factores decidieron a otra gente a arrimarse y permitir ese triunfo, junto a los votantes que vinieron del exterior y a los jóvenes que ingresaron al padrón electoral. Me parece que el balance entre todos esos factores, confirmó la urgencia de un cambio.

– *¿Apoyaste la campaña del Frente para las elecciones del 2004?*

– Sí, apoyé la campaña a través de algunas actuaciones mías dentro y fuera del país. Con actos en Montevideo y en el interior; en Canelones, con Marcos Carámbula; en Maldonado, adonde me invitó mi abogada María del Carmen Salazar; en San José, adonde me llevó Hugo Cores, quien hizo un apasionado discurso; y en Paysandú, donde con el periodista Carlos Caillabet, pude abrazar a Aníbal Sampayo. En esos departamentos se ganaron después las elecciones municipales, como sabés. Pero incluso en Lavalleja, donde se estaba lejos de ganar, por razones afectivas fui también a cantar por el Frente en la ciudad de Minas. Al final el Frente lograría un diputado, el minuano Heber Clavijo. Y después, en el exterior, participé en un acto en memoria del General Liffier Seregni, en el Teatro Municipal de Caracas. Lejos, en Oslo, Noruega, apoyé la actividad de poquitos uruguayos pero siempre muy activos. Y en Argentina, di un concierto en la ciudad de La Plata, con fines de publicidad y de apoyo económico. Así se pudieron comprar pasajes para votantes de fuera de fronteras, aporte electoral que resultó importante. Y por supuesto que par-

ticipé después en los inolvidables actos multitudinarios. En el del 31 de octubre, al cierre de la campaña, formamos en el estrado un coro espontáneo entonando «A Redoblar» con varios músicos y gente de la cultura. Entre los cantantes estaban Mauricio Ubal y Jorge Bonaldi, quien llevaba en sus manos una foto grande de Jorge Lazaroff, para hacerlo presente. La gente cantaba. Había decenas de miles de personas reunidas desde el comienzo de la Diagonal Agraciada hasta el Palacio Legislativo. Era muy emocionante. Y también participé en la fiesta del 1° de marzo del 2005, cuando asumió el nuevo gobierno, donde canté en un escenario levantado junto al Monumento al Gaucho.

– *Había mucha alegría en el rostro de la gente, y mucha esperanza...*

– Sí, con el triunfo del Frente se respiró de nuevo alegría en la calle. Yo creo que fueron experiencias de una alegría nueva, porque se había imaginado mucho la llegada de esos momentos pero había que vivirlos, eran inéditos. Estaba más cerca la posibilidad de volver realidad la esperanza de cambio que se tenía y que se tiene. Había gente que sentía que aquello era... como una especie de revolución... Y claro que no lo era. En todo caso fue un paso muy importante hacia una experiencia progresista que recién se va desarrollando, que ahora todavía es muy joven y que tiene que responder a una demanda enorme, que viene de todo lo que se ha sufrido con los gobiernos de derecha, todo el daño que han hecho, toda la mentira que han instalado, toda la corrupción que han practicado, toda la impunidad que han sostenido. Frente a ese panorama las expectativas hacia el nuevo gobierno son grandes y se quiere verlas básicamente cristalizadas. Entonces se va dibujando el dilema de equilibrar el deseo de cambio con las posibilidades reales, lo cual no es una tarea fácil. Y en medio de todo eso pienso, desde mi oficio de cantor, que hay que ser un poco siempre como el tábano. Aquí siento que estamos volviendo a una imagen que surgió en aquel primer diálogo de más de treinta años atrás. Tú me preguntabas cuál podría ser la función de un cantante en un gobierno revolucionario. Y bueno, yo te decía en aquella época: «ser como un tábano». Y tú me señalabas: «pero no como un buitre». Ahora yo retomo esas sabias palabras tuyas, Mario, aplicándolas a esta situación, que es diferente, pero que también

me hace pensar que hay que ser como un tábano. Serlo con todos y con nosotros mismos, con los ojos abiertos y manteniendo la conciencia crítica despierta, pero sin deslizarse hacia un buitre. Desde que el Frente llegó al gobierno se ha abierto la posibilidad de responder en los hechos a esa esperanza de tanta gente. Pienso que se trata de una oportunidad histórica y no hay que perderla.

– *Y ya con el gobierno de Tabaré Vázquez a nivel nacional, ¿cómo percibís este período?*

– Bueno, ahora con el nuevo gobierno han comenzado a ocurrir algunos hechos significativos, por ejemplo, en el terreno de los Derechos Humanos. Se han dado pasos importantes desde la Justicia y que nunca fueron posibles en los gobiernos anteriores. Pero somos muchos los que sentimos que esta caminata hacia la verdad es insuficiente y que no debe cerrarse, y para eso es muy importante anular la Ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado. Para poder lograr que los militares y civiles culpables de violaciones de los Derechos Humanos pasen todos por la Justicia. Y que se sepa el destino de los desaparecidos, sin esquivar ni el quién, ni el cuándo, ni el dónde, ni el cómo. Que la cúpula militar no nos siga mintiendo y ocultando hechos, como ocurrió con Macarena Gelman en busca de María Claudia, su madre desaparecida, por mencionar un hecho de todos conocido. En esa larga batalla le debemos muchísimo, sin duda más que a nadie, a todos los familiares de los desaparecidos, a la Tota Quinteros, a Luisa Cuesta, a Sara Méndez, cuyos rostros emblemáticos bien pueden representar a tantas y tantos compañeros de esa causa. Causa que me hace sentirlos como si fueran el gobierno ético de la República. Por tantos de esos ejemplos y por muchas otras razones, por iniciativa del PIT-CNT, junto a otros ciudadanos entre los que se cuentan Guillermo Chifflet, el general (R) Víctor Licandro, el juris-ta Oscar López Goldaracena y dirigentes sindicales como Luis Puig, decidimos integrar una Comisión para impulsar la derogación de esa ley que protege a los terroristas de Estado y que es perversa desde su propio nombre. Actualmente hay algunos pocos de estos responsables de tantos crimenes, que están en prisiones especiales o cuidando su salud en hospitales, por cierto que en las antípodas de cómo ellos trataban a sus prisioneros. Esos pasos de la Justicia han marcado otras diferencias con la actitud de

gobiernos anteriores. Pero la dimensión de los crímenes de la dictadura exige avanzar con más y más firmeza. Para depurar el aparato militar, el único camino de fondo es hacer justicia y terminar con la impunidad. Si te sigo este rápido resumen, en otras áreas, pienso que en el nuevo gobierno se ha visto voluntad de cambio en lo social, en la salud, en la educación, en la cultura. Y esto se nota a nivel nacional y también a nivel de las Intendencias: la montevideana de Ricardo Elirlich y las nuevas Intendencias progresistas del interior. Se van dando otras considerables diferencias con el pasado, por lo que yo creo que existe conciencia de que una vuelta a gobiernos de partidos tradicionales resultaría suicida para el país. Y no es poco decir. Trazada esa clara línea de separación entre ese pasado y esta nueva etapa, me parece fundamental que el gobierno responda al reclamo de las bases, no sólo frenteamplistas, sino a todas las opiniones de una izquierda responsable de su historia. Y que la distancia que va de las palabras a los actos no sea un trecho que insuma demasiado tiempo. Porque yo veo en la gente un amor por las ideas de cambio, un deseo de transformación, pero para que ese amor y ese apoyo al nuevo gobierno se sostengan, es necesario convocar a las bases y escucharlas. Pienso que el gobierno tendría que promover esa participación, abrirse a la discusión y tomar más en cuenta las aspiraciones de los que han depositado en él tanta confianza. Las bases piden mayor espacio en las decisiones del gobierno y piden respeto por las líneas programáticas del Frente y por lo que ha sido la historia de toda la izquierda en el Uruguay, por ejemplo en lo que atañe a la relación con los gobiernos de los Estados Unidos y al trato con el Fondo Monetario Internacional, por mencionar dos ejemplos que hieren la coherencia. También sabemos que en este gobierno se ha comenzado a denunciar la enorme corrupción de los gobiernos anteriores, pero se siente que esta denuncia debe ser aun mayor. Además crece la necesidad, y el tiempo pasa, de que la información sobre la corrupción de la dictadura sea profundizada y divulgada por los medios. Por otra parte, en todos estos temas pendientes, que bien podrían llamarse «la deuda interna», resulta fundamental que se siga sosteniendo siempre la responsabilidad moral de impedir todo deslizamiento de funcionarios de este gobierno hacia la corrupción. Eso que se ha prometido, creo que

es una carta esencial en la confianza de la gente hacia el gobierno progresista, ¿verdad? Es decir, que la transparencia no sea sólo la de nuestros amenazados ríos. Y cuando te digo esto, nos acercamos a la problemática del medio ambiente, al tema de las plantas de celulosa y los riesgos del monocultivo, que eran temas duramente criticados cuando se era oposición, y por algo sería así. El tiempo dirá sobre los manejos políticos acertados o no, desde ambas orillas, y los absurdos enfrentamientos entre hermanos. Como si argentinos y uruguayos, frente a ese verdadero enemigo común que fueron las dictaduras, no hubiéramos estado siempre abrazados y ahora haciendo memoria juntos. Pero el tiempo, en lo del medio ambiente, es un juez a largo plazo, por las características de esos fenómenos en discusión. Y lo que más preocupa es el modelo de país que continúa desarrollándose con estos emprendimientos. A veces me vienen a la cabeza imágenes como de malos sueños en que aparece el ganado, cabeza en alto, ya comiendo sólo hojas de eucalipto. Es complejo lo del equilibrio entre el aire puro y la gente sin trabajo, que no se alimenta de aire. Todo esto tiene en el medio al ser humano como víctima potencial de ambos platillos de la balanza. ¿No sería más sabio, en casos así, resistirse a la piqueta fatal de un progreso mal entendido? En esta rápida ojeada de lo que va de este período de gobierno, no quiero olvidar, entre lo positivo, los apoyos dados a sectores de la gente más necesitada -inéditos antes- y donde existe la preocupación de no caer en el asistencialismo. La salud es otro de los desafíos, otra de las urgencias, tras la debacle de los tiempos anteriores. Entre otros pasos, se han realizado avances, por ejemplo, a nivel de la salud comunitaria, ya enmarcados en el proyecto del nuevo sistema de salud. Y en la base de la pirámide, la educación. El debate educativo y su divulgación, que son un paso importante hacía nuevos contenidos programáticos de la enseñanza. Esto abarca la revisión de una lectura de la historia que siempre ha estado sesgada por intereses del poder. Particularmente un análisis riguroso de los años de represión y dictadura. Mientras desde la oposición se quiere silencio y olvido. Y si pasamos al terreno de la cultura, nuestro campo, Mario, considero que se han abierto algunas ventanas. Por ejemplo, paralelamente a la continuidad del buen nivel de TV Ciudad, se emprende una renovación de conte-

nidos en el Canal de Televisión Nacional, que también incluye espacios de Telesur, esa importante experiencia de comunicación latinoamericana. En las emisoras radiales del SODRE, han soplado vientos de cambio, tras la decisión, por poner un ejemplo, de que varios músicos populares nacionales hayan entrado a producir programas propios. Eso me hizo recordar aquella inquieta apertura de los tiempos en que Lauro Ayestarán dirigía la radio oficial. Otro esfuerzo viene del intento de divulgación y participación cultural a través del reciente proyecto municipal «Esquinas». Bueno, son algunos pasos, pero siempre queda mucho por hacer. En la selva hay mucho por hacer, como escribía Mauricio Gatti. De todos modos te digo, que en esta época del país que busca otro destino, me resulta difícil resumir de manera global una realidad que se modifica día a día, que incluye aciertos y errores, contradicciones, pero en la que me parece importante mantener los poros bien abiertos. Porque estoy convencido de que a la esperanza de un cambio posible, hay que sumar la necesidad de coherencia entre la palabra y los hechos. Sin olvidar nunca el sacrificio de tanta gente que se jugó la vida y donde muchas y muchos la perdieron, por un país nuevo que, todavía, apenas clarea. Viene clareando, como en aquella canción... Bueno, Mario, muchas gracias por tu infinita paciencia para oír durante horas estos años que hemos recorrido juntos. Por cierto, sería importante conocer también tu opinión sobre estos temas, en los cuales quizá no estemos siempre de acuerdo, pero esta vez me ha tocado estar de este lado del grabador.

– *Decime Daniel, y pasando otra vez de lo colectivo a lo individual: ¿cuáles son tus proyectos en medio de tu devenir?*

– Empiezo por algo previsible, un disco nuevo, lo que siempre es como un misterio, como un nacimiento, no sin desasosiegos, no sin dudas, pruebas y repruebas. Vos conocés muy bien eso por tu oficio de escritor, Mario. La necesidad de tener más tiempo cuando en realidad hay menos, porque la vida se va complicando y se hacen muchas cosas. A veces yo siento que el trabajador del *Tímpano* o del *Párpado* le tocan el hombro al de la voz y de la guitarra, y le piden prestado un poquito más de tiempo. O el cantor les dice a esos otros que no le distraigan al músico... En fin, todas esas tareas, esas franjas horarias, esas otras agujas del reloj que se

superponen... O los sueños diurnos, que siguen ahí en uno: escribir un libro... Sí, alguna vez te he comentado de mis ganas de escribir algo propio, porque escribiendo me siento como cantando o haciendo programas, me gusta. Aunque no sé qué resultará. Son como almácigos que llevo conmigo, que tienen que germinar, que tienen que crecer. Crecer y seguir cambiando, también con autocrítica, con modestia. Y me acuerdo así de golpe, de ese pasaje de nuestro dúo, cuando terminamos cantando juntos aquello de que «tenemos que ir cambiando este cambio nuestro»... Podríamos terminar así, ¿no te parece?

– *Con almácigos.*